

NUESTRO TIEMPO

LA "CIUDAD FRATER- NAL" DE MARITAIN

Y LOS ERRORES DEL SILLÓN

En el anterior artículo sobre "los errores del P. Ducattillon y de los católicos "cristianos" advertimos que el filósofo J. Maritain era el autor de las nuevas doctrinas. Aunque no era ello una novedad, el P. Ducattillon lo confirmó plenamente, cuando en su conferencia del 5 de setiembre, en la sala del Colegio San José sobre el tema "catolicismo liberal de 1830", presentó a Maritain como "autor de una inmensa síntesis interpretativa, a la vez filosófica y cristiana, del mundo moderno". "Ella procede —dijo— según las mismas líneas generales de la escuela de 1830" (advierten los lectores —el paréntesis va por mi cuenta— que era esta la escuela condenada por Gregorio XVI en la *Miséri Vois*) "pero con una solidez doctrinaria y con rigores metódicos mucho más grandes".

"Es sin duda, mediante la afirmación de la libertad que él prevé la salvación del mundo. Su ideal es, como para los hombres de *L'Avenir*, un ideal de libertad... Maritain prefiere llamarse humanista". (*La Nación*, del 6-9-44.)

El P. Ducattillon ha confesado la triste verdad. El gran Maritain, a quien leemos y admiramos desde hace más de veinte años, el Maritain de *Antimoderne* y de *Les Degrés du Savaioir*, sigue los pasos del célebre Lamennais, cuyos errores, condenados por Gregorio XVI, Pío IX y León XIII, y renovados y llevados a la práctica en el movimiento democrático del Sillón, fueron condenados por Pío X, en documento que nuestros lectores han podido leer íntegro, en la última entrega de NUESTRO TIEMPO. Nada más eficaz entonces para apartar del error a aquellos católicos que quieren conservar "la pureza de la fe e integridad de la disciplina católica" (El Sillón, N. 1) (1) que presentarles, con palabras de Pío X, la condenación de los mismos errores, en la doctrina de Maritain, Ducattillon y sus secuaces. La fuerza de nuestra demostración estriba en el contraste evidente que surge de la exposición doctrinal de estos autores con respecto a determinados puntos y la doctrina católica de los Pontífices, cuya aceptación obliga gravemente, aún con asentimiento interno, a todo católico que no quiera apartarse de la fe y de la disciplina católica. Advertimos que no se trata precisamente y siempre de errores especulativo-doctrinarios sino más bien de errores prácticos, manifestados en sus consecuencias. De esta manera y per *reductionem* se pueden colegir errores especulativos que el constante equívoco de expresión de estos autores mantiene larvados, como ya también lo destacaba Pío X en su condenación del Sillón.

Primer error: el progreso de la humanidad por la libertad. "La humanidad —enseñaba Lamennais— es como el individuo y



tiende a desprenderse de los lazos de la infancia, a medida que, con el crecimiento y desarrollo de la inteligencia, liberada por el cristianismo, alcanzan los pueblos la edad de hombre... Hay primogénitos en la gran familia de las naciones y Francia es innegablemente la promogénita... "es por tanto en ella que podemos observar mejor la ley del desarrollo a la cual la Providencia ha sometido la humanidad y que regula el conjunto de sus destinos. Ahora bien, manifiesto es que Francia ha llegado a la edad de la libertad" (Ver *Dictionnaire de Théologie catholique*, art. Libéralisme catholique, tomo 9, pág. 529).

Nuestros lectores recordarán haber oído esta misma doctrina de labios del P. Ducattillon en su tristemente aplaudido "Sermón de la libertad" cuando presentó a París, como capital de la civilización de la libertad. En Maritain, esta tesis del progreso de la humanidad por la libertad, bajo el empuje del fermento evangélico, ha llegado a ser lugar común, en sus obras sociales-políticas aparecidas desde el "Humanisme Intégral". "A partir de la Revolución Francesa —dice en *Cristianismo y Democracia*, pág. 30— y de la explosión del idealismo cristiano laicizado que ella provocó en la historia, el sentido de la libertad y el sentido de la justicia social han trastornado y vivificado nuestra civilización..." "el hombre ha adquirido una conciencia más honda de sí mismo y de su dignidad, y de la ley que le llama a progresar

en el tiempo. (ib. pág. 29.) "El progreso contrariado de la humanidad marcha en el sentido de la emancipación humana, no solamente en el orden político, sino asimismo en el orden económico y social... Lo cual supone no solamente el paso a organizaciones mejores, sino asimismo el paso a una conciencia mejor de la dignidad de la persona humana en cada uno de nosotros, y de la primacía del amor fraternal entre todos los valores de nuestra vida. De este modo avanzamos hacia la conquista de la libertad". (*Los Derechos del Hombre*, pág. 147.)

Esta doctrina de Lamennais, Maritain, Ducattillon y los suyos tiene capital importancia porque constituye el postulado sobre el que se asienta su construcción ideológica. Establecen con él que la humanidad ha progresado en su propio descubrimiento —gracias sobre todo a la acción del cristianismo— que ya ha alcanzado la edad de la madurez como para emanciparse de los principios tradicionales de la civilización cristiana, hasta ahora conocida y practicada, y que es necesario entonces forjar nuevas estructuras, cuya edificación les cabe a ellos, y que consisten en una civilización de la libertad y de la fraternidad.

Enseñan precisamente aquello contra lo que reacciona León XIII en la *Inmortale Dei*, cuando dice que "el funesto apetito de tales quejas y falsas acriminaciones" contra la obra civilizadora de la Iglesia no sólo no descansó sino que "plugo a muchos buscar la norma constitutiva de la sociedad civil fuera de las doctrinas que aprueba la Iglesia Católica. Y aun últimamente, eso que llaman DERECHO NUEVO que dicen ser como perfección de un siglo adulto, engendrado por el progreso de la libertad ha comenzado a prevalecer y dominar por todas partes".

Segundo error: construcción de una nueva cristiandad. Convencido Maritain de que "los pueblos formados para la libertad, harán surgir los hombres necesarios y franquearán el camino hacia una nueva civilización y hacia una nueva democracia, de inspiración cristiana" (*Cristianismo y Democracia*, pág. 19) se ha sentido llamado a la tarea de forjar "la instauración de una ciudad fraternal donde el hombre se halle liberado de la miseria y de la servidumbre" (*Los Derechos del Hombre*, pág. 71). A esta "ciudad fraternal", llama también "nueva democracia" o "nouvelle chrétienté" y dice que "debe ser concebida como un tipo esencialmente distinto de la cristiandad medieval" (*Humanisme Intégral*, página 151).

¿Qué enseña respecto a esto Pío X en el Sillón? *Perseúdanse*—dice el Papa (N. 11)— que la Iglesia que jamás ha traicionado la felicidad de los pueblos con alianzas comprometedoras, no tiene que desligarse del pasado, antes le basta anudar, con el concurso de los verdaderos obreros de la restauración social, los organismos rotos por la revolución, y adaptarlos con el mismo espíritu cristiano, de que estuvieran animados, al nuevo medio creado por la evolución material de la sociedad contemporánea: porque los verdaderos amigos del pueblo no son ni revolucionarios, ni novadores, sino tradicionalistas.

Tercer error: construyen una nueva doctri-

SUMARIO

— DIN: Comentarios. — CL. E.: Perdiendo Tiempo. — PABLO HARY (D.): Problemas del Campo. — LOUIS LE CARDONNEL: A Santa

Tercera de Jesús. — JOANNES JOERGESSEN: Himno a Italia. — CINE. — JOSÉ ANTONIO BALLESTER PEÑA: Carátula y viñetas. — Dibujos de FRANCISCO FORNIELES.

JULIO MEINVILLE: La "Ciudad Fraternal" de Maritain y los errores del Sillón. — HÉCTOR MANIBONI: Congreso Eucarístico. — ALBERTO CAPRILE (N.): La Señora de Bliet.

na. Para la edificación de su "ciudad fraternal" utilizan Maritain y los suyos nuevos conceptos sobre la persona humana, la igualdad, la justicia, la amistad cívica, la fraternidad, la autoridad, la Iglesia y el Estado, cuyo análisis verificaremos en próximos estudios. Aquí bástenos consignar lo que Gregorio XVI afirmaba contra las pretensiones de Lamennais, haciendo suyas las palabras del Papa San Celestino en la carta 21 a los obispos de Francia, la *Iglesia Universal* rechaza toda novedad; y consignar también las palabras llenas de santa indignación de Pío X en el *Sillón*, (N. 7): *¡Cómo no! se infunde a vuestra juventud —dice a los Cardenales Arzobispos—, la desconfianza para con su Santa Madre, la Iglesia; se le enseña que después de diecinueve siglos no ha logrado aún constituir en el mundo la sociedad sobre sus verdaderas bases; que no ha entendido las nociones sociales de autoridad, libertad, igualdad, fraternidad y dignidad humana; que los insignes Obispos y monarcas que tan gloriosamente crearon la Francia y la gobernaron no supieran dar a su pueblo ni la verdadera justicia, ni la verdadera felicidad porque no tenían el ideal del Sillón.*

Cuarto error: un laico, arquitecto de la nueva cristiandad. ¿Quién es el jefe de "los batidores de la futura civilización"? (El *Sillón*, N. 7.) Un laico, el filósofo Jacques Maritain. Dice Pío X en el *Sillón* (N. 3) palabras que se aplican a este propósito: "No sólo han adoptado un programa y una enseñanza diferentes de las de León XIII (y ya sería singular audacia de parte de unos legos el erigirse en directores de la actividad social de la Iglesia en competencia con el soberano Pontífice) sino que abiertamente han rechazado el programa trazado por León XIII adoptando otro diametralmente opuesto".

Y como alguien podría hacer suyo lo que una devota de Maritain escribe insólitamente en "Orden Cristiano" del 1º de octubre del cte. año, "Maritain... es un hombre que irradia el verdadero cristianismo... que su vida interior era garantía de perfecta ortodoxia de su doctrina filosófica, que confería a la misma cierta infalibilidad... que la luz que irradia su talento y su fe señala el derrotero a la «nueva cristiandad»" vamos a responder con Pío X en el *Sillón* (N. 3):

No, venerables Hermanos, preciso es recordarlo enérgicamente en estos tiempos de anarquía social e intelectual en que todos sientan plaza de doctores y legisladores, no se edificará la ciudad de modo distinto de como Dios la edificó, no se edificará la sociedad si la Iglesia no pone los cimientos y dirige los trabajos; no, la civilización no está por inventar ni la ciudad nueva por edificar en las nubes. Ha existido y existe; es la civilización cristiana, es la ciudad católica. No se trata más que establecerla y restaurarla sin cesar, sobre sus fundamentos naturales y divinos contra los ataques, siempre renovados de la utopía malsana, de la rebeldía y de la impiedad: OMNIA INSTAURARE IN CHRISTO."

Quinto error: una concepción profana cristiana de lo temporal que no pertenece a la Iglesia. Se pretende asimismo eludir la jurisdicción eclesiástica arguyendo que la zona donde Maritain inventa y los maritainistas construyen es un dominio estrictamente temporal, substraído a la Iglesia. "Ce n'est pas à l'Eglise — escribe Maritain en el *Humanisme Intégral*, pág. 287 — c'est aux chrétiens comme membres temporels de cet organisme temporel qu'il appartient d'une façon directe et prochaine de le transformer et régénérer selon l'esprit chrétien". ¿Y ello por qué? Porque "Perdre profane ou temporel s'est au cours des temps modernes constitué à l'égard de l'ordre spirituel ou sacré dans une relation d'autonomie telle qu'elle exclut de fait l'instrumentalité. En d'autres termes, il est parvenu à sa majorité".

Pero, la respuesta de Pío X al *Sillón* viene ajustadamente a Maritain y los suyos. "En primer lugar — dice el Papa (N. 2) — conviene censurar severamente la pretensión del *Sillón* de sustraerse a la dirección de la autoridad eclesiástica. Los jefes del *Sillón* alegan que se mueven en un terreno que no es el de la Iglesia; que sólo proponen fines del orden

temporal, y no del orden espiritual; que el *sillonista* es sencillamente un católico dedicado a la causa de las clases trabajadoras, a las obras democráticas, y que saca de las prácticas de su fe la valentía de su sacrificio; que, ni más ni menos que los artesanos, los labradores, los economistas y los políticos católicos, está sujeto a las reglas de la moral, comunes a todos, sin depender, ni más ni menos que ellos, de una manera especial de la autoridad eclesiástica. Facílísima es la contestación a estos subterfugios... Aunque sus doctrinas estuvieran limpias de error, fuera con todo eso gravísima infracción de la disciplina católica el substraerse obstinadamente a la dirección de los que han recibido del cielo la misión de guiar a los individuos y a las sociedades por el recto sendero de la verdad y del bien".

Sexto error: un orden profano cristiano de lo temporal. Para eludir la jurisdicción eclesiástica se ha inventado "un orden profano cristiano de lo temporal" o como también se dice un "Estado laico cristiano" o "una refracción de verdades evangélicas en lo temporal" (Ver *Humanisme Intégral*, *passim*). ¿Qué es esto? Si es un orden temporal "profano-cristiano" está sujeto directamente a la jurisdicción eclesiástica, en cuanto cristiano, y a la civil, en cuanto profano. Así se ha entendido siempre y así lo exige el sentido común. Maritain no lo entiende así. Para él, en el dominio cultural y social, fuera de la zona teológica, las virtudes cristianas, así emancipadas tendrían eficacia respecto a la perfectibilidad del hombre. Grave error denunciado por Chesterton cuando alude a las virtudes locas.

De aquí que convengan también a la concepción de Maritain lo que Pío X atribuye al *Sillón*: "su misticismo filosófico mezclado con parte de iluminismo", "infiltraciones liberales y protestantes" (N. 1); "que para justificar sus sueños sociales, apelan al Evangelio, interpretado a su modo, y lo que es más grave todavía, a un Cristo desfigurado y disminuido" (N. 2); "que su catolicismo es tan quisquilloso que a poco más, quien quiera que no abraza su causa es a sus ojos enemigo interior del catolicismo, y no entiende palabra del evangelio ni de Jesucristo" (N. 7).

Séptimo error: Negación de la instrumentalidad de lo temporal. En el párrafo citado de Maritain, leemos, que el dominio temporal ha alcanzado ya una tal diferenciación y autonomía que ha perdido todo carácter de instrumentalidad y, por lo mismo, no puede servir como instrumento para fines espirituales. Alrededor de este principio construye Maritain toda una falsa teoría que el lector puede leer en las págs. 161 y siguientes del *Humanisme Intégral*. El hecho es que Maritain y los suyos, en virtud de esta teoría, han condenado la actitud de los católicos españoles que, bajo la autoridad de sus obispos y con la expresa aprobación del Romano Pontífice, han luchado contra el comunismo ateo; el hecho es que no se les ha visto recriminar los atropellos cometidos por la impiedad, con la instigación de Estados Unidos, en Méjico y que, en cambio, no encuentran palabras ni gestos de indignación para protestar en toda ocasión y de toda manera, contra los inauditos crímenes del "totalitarismo nazi" (sic). En lo cual Maritain y los suyos se hacen merecedores del reproche que Pío X dirige al *Sillón* (N. 8):

*Y ved, Venerables Hermanos, una sorprendente contradicción: precisamente invocando el principio de que la religión debe dominar sobre todos los partidos se abstiene el *Sillón* de defender a la Iglesia combatida. No es ésta en verdad la que a la arena política ha descendido; antes bien, la han arrastrado a ella para mutilarla y despojarla. Y siendo esto así, ¿no deben todos los católicos usar de las armas políticas que tienen en sus manos para defenderla, y también para obligar a la política a mantenerse en un terreno y no ocuparse con la Iglesia más que para darle lo que es debido? Pues bien, a vista de las tropelías que se perpetran contra la Iglesia, véase frecuentemente con dolor a los *sillonistas* cruzarse de brazos, si no les tiene en cuenta el defenderla; véales dictar o sos-*

tener un programa que por ningún lado, ni en ningún grado, descubre el católico, sin que esto sea obstáculo para que esos mismos confiesen su fe en plena lucha política, al golpe de alguna provocación, dando así a entender que hay dos hombres en el *sillonista*: el individuo que es católico, y el *sillonista*, el hombre de acción que es neutro".

Pero todo esto, refleja y demuestra un error, mucho más grave y profundo.

Octavo error: Una ciudad fraternal donde la Iglesia pierde sus derechos. En el próximo artículo expondremos las características internas de la "ciudad fraternal" de Maritain, donde "todos, católicos y no católicos, y cristianos y no cristianos, desde el instante que reconociesen, cada uno dentro de su propia perspectiva, los valores humanos de los cuales nos ha dado conciencia el Evangelio... serían capaces de cooperar a su bien común". (Los *Derechos del hombre*, pág. 42). ¿Qué lugar ocupa en esta "ciudad fraternal" la Iglesia santa, católica, apostólica, Romana, instituida por el Unigénito Hijo de Dios? Contesta Maritain (*ib.*, pág. 44):

"Sería, empero, sumamente falso... que la Iglesia católica reivindicase de las sociedades modernas los privilegios de que gozaba en una civilización de tipo sacral, como la de la Edad Media". ¿Por qué, preguntamos? Contesta Maritain: "Porque en el estado de evo-



CONGRESO

La historia del mundo, se hace para el cristiano no sólo "providencial" sino también "sobrenaturalmente". A través de todos los adelantos y retrocesos que sufre el devenir humano, el que escudriña su desenvolvimiento desde el mirador católico, ventila un objetivo divino, trazado por Dios, como término polarizante de las fuerzas humanas y divinas en acción.

El oleaje histórico nos entrega este siglo veinte, terrible y peligroso pero realmente digno de ser vivido por las almas heroicas.

Hay un hecho trascendental que sella este siglo. Acontecimiento éste que se ha venido preparando desde siglos y que ha llegado ya a un grado de madurez capaz de rendir grandes frutos. El mundo se ha encontrado a sí mismo, se ha conocido total y universalmente; ha tomado conciencia de todas sus partes y en todos los órdenes.

Pero esta toma de conciencia, esta unidad de autoconocimiento universal se ha operado "mecánicamente"; es un encontrarse a sí mismo en la complejidad de culturas heterogéneas, como término de un largo proceso dialéctico, librado a las solas fuerzas cósmicas desencadenadas por el hombre.

Lo terrible es que este toparse el mundo consigo mismo, se realiza en el preciso momento en que el Occidente ha vaciado su estructura católica de vida.

La tarea del católico, alentada y nutrida en su obrar por esa gran realidad, cuya faz teológica se denomina COMUNIÓN DE LOS SANTOS y cuya faz filosófica la constituye, según decir de L. Bloy, LA REVERSIBILIDAD DE LOS ACTOS HUMANOS, es desencadenar estructuras católicas de vida.

El Congreso Eucarístico es, en el fondo, una proyección, (por encima de las formas mundanas de existencia, y en el interior de las almas, a través de la actividad sacramental del misterio eucarístico), de una forma o estructura social de vida; un intento de re-



lución y de conciencia de sí a que han llegado las sociedades modernas, una discriminación social o política en favor de la Iglesia, ... serían precisamente de naturaleza a comprometer, no de ayudar, esta misión espiritual". Pero entonces, preguntamos, no tiene la Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad (San Pablo I. Tim. III, 15) derecho a que la sociedad civil, el Estado, la sirva y defienda? No, responde Maritain. Porque "no hay más que un bien común temporal, el de la sociedad política, como no hay más que un bien común sobrenatural, el del Reino de Dios, que es suprapolítico. Introducir en la sociedad política un bien común particular, el cual sería el bien común temporal de los fieles de una religión, aunque fuese la verdadera, y que reclamarían para sí una situación privilegiada en el Estado, sería introducir un principio de división de la sociedad política y, faltar por lo tanto, al bien común temporal".

¿Cuál sería entonces, según Maritain, la posición de la Iglesia en la "ciudad fraternal"? "Por lo mismo — responde (ib. 45) — que la sociedad política ha diferenciado más perfectamente su esfera propia y su objeto temporal, y reúne en el hecho, en su bien común temporal a hombres que pertenecen a familias religiosas diferentes, se ha vuelto necesario que sobre el plano temporal el prin-

cipio de la igualdad de derechos se aplique a estas diferentes familias".

Es decir que la Iglesia, Inmaculada Esposa de Jesucristo, Rey del Tiempo y de la eternidad, estaría dentro de la nueva cristiandad de Maritain, en un plano de igualdad con la Sinagoga, con los herejes cismáticos e infieles. Y todo ello, en virtud de las exigencias fraternales de la "ciudad fraternal" de Maritain, Ducatillon y los suyos.

Pero esto importa una grave lesión en los Derechos intangibles de la Santa Iglesia.

La Iglesia, por sí y ante sí, como Esposa de Jesucristo-Dios tiene derecho — obsérvese bien, tiene derecho irrenunciable — a ocupar un lugar de primacía en la sociedad cristiana de los hombres. Maritain renueva, bajo velos de un lenguaje equivoco y falaz, los errores de Lamennais contra quien enseña Gregorio XVI, en la *Mirari Vos*. "Ni es más grato a la religión y al principado civil lo que podemos esperar de los descos de aquellos que intentan separar la Iglesia y el Estado y romper la mutua concordia del sacerdocio con el imperio. Consta, en verdad, que los amadores de la falsa libertad se estremecerían ante la concordia, que siempre dió magníficos resultados entre las cosas sagradas y civiles.

Maritain que reprueba en su *Humanisme Intégral* la sociedad temporal y política al servicio de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia, debe admitir como todo fiel católico, que quiere seguir permaneciendo en la Iglesia, las enseñanzas de la Cátedra Romana, columna infalible de la verdad, quien siempre ha enseñado y continúa enseñando lo que

Pío IX en la encíclica *Quanta Cura*, contra los modernos errores del naturalismo y liberalismo ordena enseñar a los obispos del mundo con palabras de San León. "Y no omitáis tampoco enseñar que la potestad real no se da solamente para regir al mundo, sino también y principalmente para defender a la Iglesia".

Los principios rectores de la ciudad cristiana que hoy, como en la Edad Media, han de sostener y a los cuales han de ajustar su acción los católicos, no se fundamentan sobre la libertad y la fraternidad universal, sino sobre la concordia del sacerdocio y del imperio, de acuerdo a la excelsa y universal Doctrina de León XIII en la *Inmortal Dei*:

Hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados. Entonces aquella energía propia de la sabiduría cristiana, aquella su divina virtud, había penetrado las leyes, las instituciones, las costumbres de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad; la religión fundada por Jesucristo, colocada firmemente sobre el grado de honor y de altura que le corresponde, florecía en todas partes, secundada por el grado y adhesión de los príncipes y por la tutela y legítima deferencia de los magistrados; y el sacerdocio y el imperio, concordes entre sí departían con toda felicidad en amigable consorcio de voluntades e intereses. Organizada de este modo la sociedad civil, produjo bienes muy superiores a toda esperanza. Todavía subsiste la memoria de ellas, y quedará consignada en un sinnúmero de monumentos históricos, ilustres e indelebles, que ninguna corruptora habilidad de los adversarios podrá nunca desvirtuar ni oscurecer.

Si la Europa cristiana domó las naciones bárbaras y las hizo pasar de la fuerza a la mansedumbre, de la superstición a la verdad; si rechazó victoriosa las irrupciones de los mahometanos; si conserva el cetro de la civilización, y ha sabido ser maestra y guía vilizadora del mundo para descubrir y enseñarle todo cuanto podía redundar en pro de la humana cultura; si ha procurado a los pueblos el bien de la verdadera libertad en sus diferentes formas; si con muy sabia prouidencia ha creado tan numerosas y heroicas instituciones para aliviar a los hombres en sus desgracias, no hay que dudarlo, todo ello lo debe agradecer grandemente a la religión, que le dió para excogitar e iniciar tamañas empresas, inspiración y aliento, así como auxilio eficaz y constante para llevarlas a cabo.

Habrían permanecido, ciertamente, aun ahora; estos mismos bienes si la concordia entre ambas potestades perseverase también; y mayores se habrían debido esperar si la autoridad, el magisterio y los consejos de la Iglesia los acogiere el poder civil con mayor fidelidad, generosa atención y obsequio constante. Las palabras siguientes que escribió Leon de Chartrres al Romano Pontífice Pascual II merecen escucharse como la fórmula de una ley perpetua: "Cuando el imperio y el sacerdocio viven en buena armonía, el mundo está bien gobernado y la Iglesia florece y fructifica; cuando están en discordia no sólo no crece lo pequeño, sino que las mismas cosas grandes decaen miserablemente y perecen.

La ciudad fraternal de Maritain que, so pretexto de exaltar la dignidad de la persona humana, debilita a la Iglesia y al Estado, al trono y al altar, nada tiene de común con la ciudad cristiana de la Iglesia, que descansa precisamente sobre la concordia del sacerdocio y del imperio. De ésto hablaremos todavía en el próximo artículo.

JULIO MEINVILLE.

(*) Ver el Documento de Sillón en el número anterior de NUESTRO TIEMPO. Los números corresponden a los párrafos del Documento dicho.

LA SEÑORA DE BLISS

Es extraño que mis actividades periodísticas de estos últimos quince años — aquí y en los Estados Unidos — no me hayan proporcionado la oportunidad de conocer a la señora de Bliss. El hecho debo anotar como una satisfacción perdida puesto que resultó satisfacción para cientos de argentinos que al conocerla fueron testigos de la leal simpatía e interés que su dinámica personalidad puso en juego en medio de la sociedad porteña y otros saben de la hospitalidad responsable que, después, el recuerdo la alentara a desplegar en Washington.

Pero contra una satisfacción de menos quiero otorgarme un valor de más, porque así tengo la seguridad de que, ni siquiera en mínima parte, pueda yo estar rindiendo un tributo a la amistad. Sin embargo, mi tributo coincidirá con el de la amistad porque en mí también el nombre de la señora de Bliss rememora una figura que en su tiempo y en el mejor sentido de la palabra fué una "genuina" representante de los Estados Unidos. La señora de Bliss causaba admiración a quienes la veían salir, comprar, reír, correr, ayudar, partir, perder, ganar, subir, bajar, convidar, comer, saludar o recibir. ¿Qué no hacía, amable y empeñosa, en el curso de un día; en todas partes y con todo el mundo, alto o bajo, la señora de Bliss! Y lo que hacía tenía tanto aspecto de ser el simple, espontáneo y sincero reflejo de la exuberante realidad floreciendo en los Estados Unidos que todos la querían como se quiere a lo verdadero, a lo que tiene hondo sentido, y por ella más de uno en Buenos Aires por primera vez miró con simpatía a la gente y las cosas del norte.

Por suerte nada hacía el embajador Bliss para desvirtuar esta situación. Lo han de confirmar también sus amigos si alguien sospecha que Bliss alguna vez hizo algo. Así, a su manera y en su plano, el embajador era espontáneo y genuino al materializar la imagen fiel del modelo de embajador norteamericano que nos correspondía tener en la época de Hoover.

En ese entonces, en Buenos Aires, la actividad norteamericana de importancia estaba concentrada en manos de hombres de negocios. No mucho antes habían comenzado a llegar éstos en número y calidad significativa como para darle un tirón de orejas al capital inglés que aquí había perdido su imaginación y se estancaba en un imperialismo a la defensiva. Esos comerciantes norteamericanos representaban industrias maduras en luchas y triunfos aún callientes, aportaban nuevos instrumentos de liberación y por eso, dentro de las salvedades de rigor, sus inicia-



EUCARÍSTICO

habilitación o revitalización de una "forma" adormecida y mechada de ruscandismo.

La sola posibilidad de su realización, es un índice claro y evidente de la capacidad de recristianización nacional.

¿Cómo se operará esta vuelta total a los valores tradicionales de vida, o mejor, a una gran estructura católica de existencia?

Los métodos de reconstrucción son múltiples. Indicaremos los dos extremos de este gran tema. Hay quienes proponen una evasión total y completa de las estructuras temporales hoy vigentes en el mundo, y la vuelta a pequeños núcleos de cristiandad, tipo catacumba, para desde allí operar evangélicamente sobre la gran masa humana; en una palabra, el mismo estilo de cristianismo y apostolado de la primitiva Iglesia. Es ésta, tarea de héroes y de mártires.

El otro extremo lo constituyen aquellos que pretenden asimilar las actudes corrientes históricas de vida en un cristianismo vago e indeciso. Tarea peligrosa y que ya está dando sus frutos bastante amargos.

Entre estos dos extremos se sitúa toda una gama de métodos. La jerarquía eclesiástica, fiel a la inspiración apostólica, pide hoy a los católicos el esfuerzo marchado de todos en esta obra eminentemente espiritual que es el Congreso Eucarístico.

Toda reconstrucción del mundo debe comenzar, en última instancia, por una recuperación de los principios religiosos y sobre todo por ese gran dogma que es la Eucaristía; forma sobrenatural, en el plano de la sociedad, de toda cultura católica posible.

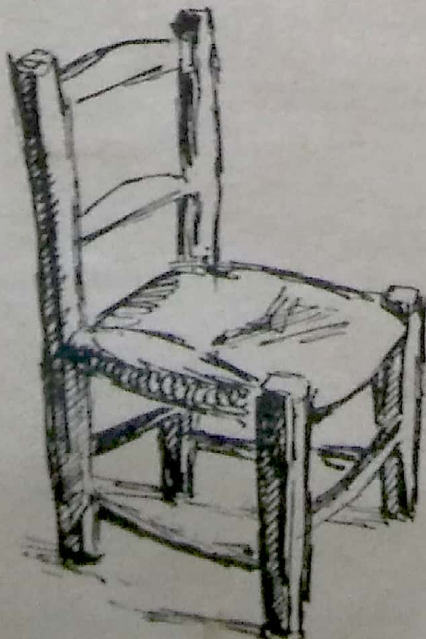
Su triunfo y realización será como una pequeña cristiandad, en tiempo y espacio reducidos; pequeña cristiandad establecida por convocación jerárquica; pequeña cristiandad que es como "la maquette" de la gran Cristiandad futura.

HÉCTOR MANDRIONI.



tivas encontraron ya oco, ya auspicio, ya comprensión en nuestros germines nacionalistas de esa hora. Claro está que la primera cualidad que ofrecían al argentino consciente era el tácito compromiso de que detrás de esos intereses no trataría de venir la escuadra norteamericana. Así correspondía interpretar esa actividad comercial después de la visita que Hoover nos hiciera como presidente electo. En consecuencia la embajada de Estados Unidos, en tiempo de los Bliss, se levantaba radiante sobre el pedestal de la no intervención oficial en la promoción o defensa de intereses particulares y naturalmente, pensará alguien, así cualquier hombre se hace aplaudir hasta sus siestas y una mujer convierte en virtud lo bien que le sienta el clima. Sin embargo no es así. Con auspicios mucho más lisonjeros y contando en principio con ese mismo pedestal la administración que sucedió a la de Hoover en Washington nos trajo primero a los esposos Weddell en reemplazo de los Bliss y un tiempo después sustituyó a aquéllos por el señor Armour y su esposa la princesa Kondacheff. ¿Por qué no siguieron por el mismo camino los sucesores de los Bliss? ¿Por qué destruyeron el modo que estaba sellando una grande y leal amistad entre la Argentina y los Estados Unidos? Francamente no lo sabemos, por lo cual hasta que lleguen las respuestas propondremos un interrogante en forma de dilema. Primero los hechos. Weddell y Armour tenían frente a su propio país esa conocida actitud extranjerizante que en las Américas es un complejo colonial, un no sentir la propia casta que da entrada ruinosa al snobismo. Por no citar más que detalles, pero que pintan de cuerpo entero, diremos que Weddell en sus viajes entre Buenos Aires y Washington, tenía necesidad de injertar a Londres, por mal que viniera, para así reponer su ropa, su tabaco, sus modismos, sus corbatas y su anecdotario. Armour nació y educado en Inglaterra desnorteamericano su misión hasta el extremo que sólo puede hacerlo una figura de Lord tieso, distante e imperioso que en las listas sociales liga siempre su nombre al de una princesa. En definitiva, nuestro dilema es éste: ¿El presente departamento de Estado en Washington envió esos snobs coloniales de acuerdo con una política o los dichos embajadores hicieron un barro por tener el dedo en la boca? Aunque nadie lo conteste, siempre quedará como un argumento de peso que lo genuinamente norteamericano —o si se quiere lo genuino, norteamericano o no— encontró en la Argentina una adhesión calurosa que después perdió al vestirse en Broad St., London, England. Por lo que el argumento vale le enviarnos hoy nuestras gracias a la señora de Bliss.

ALBERTO CAPRILE (H.)



COMENTARIOS

DIFICULTADES.

Difícil momento para marginar comentarios. El comentario aun el banal o el chispeante, el intencionado o el apasionado, el comentario a secas, el comentario normal, requiere amor, odio o indiferencia. No tenemos amor por el acontecer oficial, no somos oficialistas: a) porque notamos fallas graves; b) porque no vemos a donde vamos, y c) porque tenemos muchas de sus direcciones. No podemos tener odio, no somos opositores: a) porque se han hecho cosas buenas; b) porque se pueden hacer muchas cosas peores; y c) porque peor sería lo otro. No



podemos ser indiferentes: a) porque la altura de la época no lo permite; b) porque se está jugando el país y c) por miedo al pecado de omisión.

Vaya, vaya, con nuestros problemas. Que venga otro país y los presente iguales.

SINCERIDAD.

¿Qué hacer? ¿Suprimir los comentarios? ¿Apoyar, atacar, reirse? ¿Endosar, dificultar, cerrarse? ¿Colaborar, no colaborar, trabajar en lo suyo? (¿Qué es "lo suyo"?). Plantearse estos problemas: rompecabezas. No plantearse los: liberalismo, laissez faire, etc. No: afrontarlos, desmenuzarios, tantearlos. Partir de un planteo: tomemos los tres a, b, c, delectemos; pero con sinceridad, sin saber a donde llegaremos. Apliquemos la cabeza a esto como si no hubiera otra cosa que hacer, pero con sinceridad, sin esperanza de ver mejor después que ahora, con un gran deseo de aclararnos la cabeza. A lo mejor, una vez aclarada, estemos en lo mismo. Sin embargo, quedará el esfuerzo, la tentativa de planteo. Pero siempre que empleemos sinceridad. Tratemos de ver con ojos de hombre de la calle los movimientos de este planteo simple y esquemático que no pretende ir al fondo de los problemas de nuestro tiempo decisivo, sino más bien, abrir una ventana sobre el acontecer inmediato y escuchar —y escucharnos— el devaneo corriente, que corre más ligero que la pluma.

IMPOSIBLE SER INDIFFERENTES.

Empecemos al revés. Imposible ser indiferentes: la torre de marfil no tonta ya nuestro anhelo. ¿No será que hemos descubierto por inesperada paradoja que la torre de marfil se parece a la de Babel? Si todos hablamos para adentro se produce la gran confusión porque entonces todos hablamos idiomas diferentes. No, hablemos para afuera.

No podemos ser balconeadores risueños, decíamos, por tres razones: una, universal, de época; otra, local, de medio y finalmente por un motivo interior, de vida, de vida moral, religiosa casi.

Veamos.

a) porque la altura de la época no lo permite.

Es que terminó el siglo XX, o mejor el siglo que creíamos XX y que nos resultó otra cosa. La altura de este momento del siglo nos permite ver muchísimo para atrás y mucho para adelante. Desde este vértice enrarecido percibimos los paisajes sin el engaño de la humedad que tiene el aire de la llanura. Y nos damos cuenta, nos guste o no, que estamos en época de color, no de matiz; de color, no de solista; de combate, no de cacería; de

¡aquí estoy!, no de ¡qué me importa! La altura de la época nos ha metido a todas en los problemas de esta época de altura. Imposible ser indiferentes.

b) porque se está jugando el país.

Ya el país entró en el juego grande. Vengan otros y digan porqué. Pero es perceptible que en muchos sentidos se está jugando el

país (aun literalmente, Dios mío) a cara o cruz. No sólo en lo internacional está planteado el dilema: a esta generación le toca decidir el destino del siglo para nosotros: oriente o norte; Europa — para nosotros oriental — o lo Otro. De nosotros depende, aun interiormente, que la luz nos siga viniendo desde oriente. ¡A orientarse!

Imposible ser indiferentes.

c) por miedo al pecado de omisión.

Es un hecho que la conciencia nacional se ha despertado, la han despertado. Se necesitó un incómodo sacudimiento, pero lo hemos sentido. Ahora bien; si uno es en la medida en que siente sus límites, si uno es moralmente en la medida en que libra combates, se es nación en la medida en que se tiene enemigos. Ahora uno los siente, los conoce; sabe qué ojos están puestos sobre su cerdado. ¿Alguien no lo percibe? Alguien endureció su conciencia. Ese peca por omisión de querer ver. Quiere seguir engañándose. Pero los ya des-enganados vemos que, en medio de todo, hay algo "determinante", algo que ve claro que la conciencia nacional ve claro. ¿Cómo reirse?

Imposible ser indiferentes.

IMPOSIBLE SER OPOSITORES.

Tenemos memoria, recordemos. Zambullámonos en la maciza urdimbre de cosas que pasaron aquí desde la guerra acá, en función de lo que vivíamos, temíamos y deseábamos. ¡Qué más para un comentario! En lo externo neutralidad, sí, pero qué condicionada, qué frágil. Luego vino aquello de que "Dios ciega a los presidentes de los países que no quiere perder" y después la salvadora testarudez de Catamarca en lo internacional. Espadas ofrecidas a limítrofes, conferencia en Río, tentaciones de continuidad malograda finalmente. Y moviéndose en ese mundo caduco, personajes hechos para precipitar el drama. ¿Cómo desear el retorno de eso? ¡Telón, telón!

El planteo lo tenemos. El nudo nos anuda pero antes del desenlace es menester examinar la actuación de los nuevos actores en escena.

Venga el programa. Decíamos: no podemos ser opositores, no podemos tener odio:

a) porque han hecho cosas buenas.

Han tomado al fin, al fin la bandera de la soberanía que, los que siempre vieron claro, se la ofrecieron, como camino y término. Hubo girones y crespones, pero hay bandera. El bajón de la ruptura no determinó nuestro aniquilamiento como país. Fue — en la más extrema y confortable explicación — un chorro de vapor — quemante — que aligeró la presión de la caldera. En su humo volaron comparsas, ministros y presidentes. Pero su ruido despertó muchas cosas que se dormían.

Despertó a muchos y aventó la pesadilla. Bueno, si, pero la ruptura fué un terrible error. Desde luego, pero estamos escuchando hechos nuevos. Eso ya "fué". Ahora se necesita firmeza, afirmación razonada.

Y tratar de conectarse con el país real, con los grandes "temas" nacionales, nacionalistas y de suscitar vigencias tradicionales a despecho de pronósticos y rumores.



b) porque pueden hacer muchas cosas peores.

Tienen todo para errar y caer hondo: complejo no de superioridad, sino de prepotencia, falta de autocrítica y desprecio integral del ridículo. Pero el hecho es que llegan al borde y se retraen, les tienden lazos y los rompen y saltan a la cuerda con ellos. Desesperan a sus adversarios que los acechan junto a sus trampas infalibles, a sus trampas clásicas... ¡y nada! Esto es de experiencia diaria; inútil e inactual detenernos en ejemplos.

c) porque peor sería lo otro.

¡Ah! sí. Eso lo siente el corazón a despecho de frecuentes malos momentos por los que uno ha pasado y pasa.

Recordemos, recordemos esa farsa consentida por actores y espectadores, esa dictadura sin finalidad. Toda esa irresponsable respetabilidad liberal ha caído como el cuerpo muerto cae. No olvidemos quiénes llamaban antiargentino a las argentinas, antinacional a lo auténtico, democrático a la perpetuación del fraude sin esperanzas. Sí, peor era lo otro ¡y cuántas veces peor sería lo otro redivivo! Aquí también toca al lector trabajar, imaginar, realizar, suplir un poco.

Evidentemente, no podemos ser opositores.

IMPOSIBLE SER OFICIALISTAS.

Es claro que no. ¿Y porqué lo seríamos, porqué cometeríamos la grave falta de dejar sin opinión a este momento del régimen? No somos oficialistas pero no podemos mezquinar una colaboración. Y la nuestra sólo debe ser ver con responsabilidad y tratar de señalar con sinceridad el momento, el fin y el camino, es decir, lo actual, el objeto y las direcciones. De ahí las tres letras de la cartilla inicial que deletrearemos con esfuerzo y alguna angustia.

a) porque notamos fallas graves.

Dejemos lo internacional en paz. Los hechos son irreversibles. Aquellos días de humillación parece que ya pasaron y a cada día le basta su propio afán. A que imaginar cosas que pudieron ser y no fueron, o fueron como pudieron no ser. ¿Fué de éste o de aquél, fué suyo el sayo? Al que le quepa que se lo ponga y a otra cosa.

Para ver este momento situémonos en una "normalidad" futura y hostil a éste. ¿Qué diríamos de lo actual? No que dirían los enemigos (lo sabemos de memoria profética) sino ¿qué diríamos los que colaboramos como ahora lo hacemos en este comentario?

Diríamos que no tenían talento, que se menospreció la posibilidad de lo civil, que el espíritu de cuerpo tendía a ahogar al espíritu, que los cambios eran harto frecuentes, que se descuidó del todo el detalle, que se equivocaban de amigos y de enemigos de sus propios "ideales", aún dentro de su mismo elenco.

Pero con todo ¿por qué ante el agravado, ante el frívolo teorizante, ante el hombre masa, nos sentimos repentinamente defensores?

b) porque no vemos a donde vamos, y

c) porque tememos muchas de sus direcciones.

Van juntas estas dos letras, como diptongo de juicio, porque una comprende a la otra. Ambas, que pertenecen a nuestra angustia diaria, están motivadas por la profusión de discursos, determinados por nuestra expectativa y nuestros deseos.

El desarrollo de estas letras no irá más lejos que la expresión literal de sus proposiciones. Que queden, en testimonio de la sinceridad del planteo, para ser compuestas por la experiencia y la sinceridad del lector. Pero, que queden.

Envío.

Pero si ni oficialistas, ni opositores, ni indiferentes, ¿qué se puede ser?

Digamos lo que ya dijimos o insinuamos en el transcurso de estas confesiones: libres colaboradores en lo esencial y anhelantes testigos en los bajonazos.

DIN.

PERDIENDO TIEMPO

En la última página de su último número, *Orden* (sic) Cristiano nos dedica un sueltito confusionista. No pasa de allí el intento, por ahora, de lo que debemos alegrarnos. Se trenzan con una linda frase de nuestra primera entrega, la destrozan un poco y sacan unas conclusiones inesperadas reflejando una cita trunca sobre no sabemos qué antipatía nuestra hacia el pueblo de Israel (¡qué disparate!) y a un no oculto desapego a "la América del Norte" (con todo lo que amamos al sufriente Méjico).

Como resultaría aburrida una confrontación de textos, remitimos al lector amigo y paciente al artículo "Propósito" del primer número de NUESTRO TIEMPO y al sueltito del N° 74 de *Orden Cristiano* que encontrarán pocas páginas después de unas extrañas cartas laudatorias de señores obispos, todas escritas, al parecer, con la misma inspiración y máquina (Underwood tipo "elite": se impone un peritaje).

Lo que resulta un poco fuerte es el cotejo entre ambas posiciones, cuando dicen: "Orden Cristiano, revista católica, debe considerar NUESTRO TIEMPO, revista también católica, a la sola luz de la fe católica". Es interesante esto: veamos.

¿Orden Cristiano revista católica? No conocemos el permiso o la autorización eclesiástica jurisdiccional que les des derecho a llamarse así y a asumir ni esa representación ni esa responsabilidad a dos puntas. A lo mejor muchos de sus redactores son católicos aunque por las muestras bien poco universales y de más propaganda que *vide*. Pero allá ellos con su conciencia que no tenemos por qué "considerar" ni menos juzgar. Lo que les negamos es el derecho de ellos de hacerlo con nosotros a ninguna luz y menos a la "sola luz de la fe católica". Tate, tate, folliconicos.

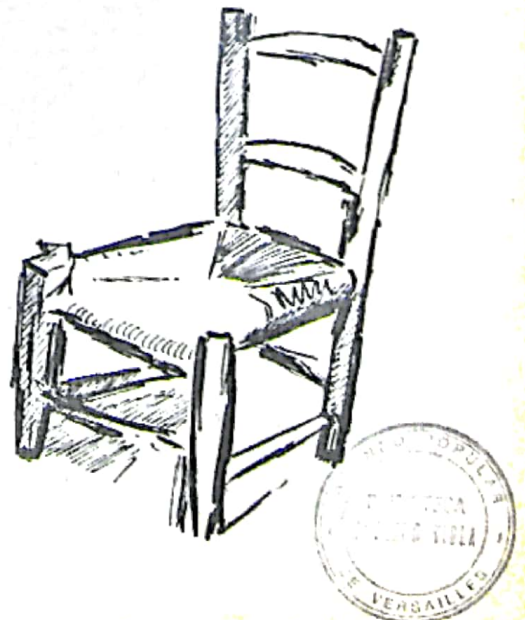
Parece que esta clara definición nuestra: "...creemos que la tarea de nuestro tiempo" (hablábamos de este tiempo nuestro que nos toca vivir) "ha de consistir en consolidar vitalmente nuestras conexiones con la Europa auténtica", les ha despertado alguna inquietud. ¿Cuál será la Europa no auténtica a que aluden éstos?, se dirán. ¿Se referirán, oh blasfemia, a dos de los tres términos de la *trilogía providencial*? Entonces sueltan: "para nosotros, los católicos, la única (Europa) auténtica es la de Roma" lo que en entrelínea quiere decir: los de NUESTRO TIEMPO niegan que Roma sea Europa auténtica. O si no quieren decir eso, no saben decir nada.

Buena manera de querer confundir. Inútilmente decíamos en un párrafo anterior, con una prudente precisión: "Queremos una Argentina enraizada en Europa, en la Europa auténtica, milenaria, que ha plasmado el ser de nuestra patria con la labor de los conquistadores y de los misioneros y aún con los destellos, en parte maléficos, de la desfalleciente Europa de la última centuria". No: la expresión auténtica les produce el mismo escozor que a los que defienden algo falsificado cuando se menciona la palabra *legítima*. Sepan los jóvenes y los madurados de esa revista, que la Europa que queremos es la heredera de Platón y Aristóteles, de Rómulo y Remo, de Pedro y Pablo, de Agustín y Tomás, la Europa de las Cruzadas y de las Gestas, la del Mediterráneo eterno y Polonia y Alemania, la de la prodigiosa Isla de los Santos e Irlanda, la anterior a las herejías y a los cismas, que se conectó a América por vía de España; no la caduca ni la inficionada ni la desfalleciente, sino la fuerte, la lozana e inmortal Hija de la Iglesia: es decir, la Europa de la que Belloc dice: Europa es la Fe. ¿Entendido?

Y para terminar: lo de Israel. Por un desvío imaginario tenían que llegar a su tema, a su obsesión: los pobres judíos. Y con no se qué interpretación cavilosa de la argentina vocación rectora, concluyen: "sólo un pueblo ha recibido de Dios una misión: Israel. Fuera de él no hay nación (sic) alguna a la cual el Creador haya otorgado tan augusto honor". Que debe entenderse, en la entrelínea, referida a nosotros: los antisemitas de NUESTRO TIEMPO predicán la necesidad de apoderarse de Sudamérica, por ahora, y niegan la misión providencial del pueblo judío.

¡La misión de Israel! ¿Qué tema para ser tratado con tales interlocutores! ¿Qué tendrá que ver la misión ya cumplida de Israel con la expresión: "la Argentina es Europa en América con vocación rectora"? Si ignoran no ya que cada país sino que cada ser lleva consigo una misión, si no han percibido la misión de España, de Francia, inútil seguir. La vida es corta, no perdamos nuestro tiempo.

CL. E.



PROBLEMAS DEL CAMPO⁽¹⁾

Vivimos una época difícil. Es un hecho. Nada gana quien esconde la cabeza para no ver. El peligro existe y debemos hacerle frente.

Nosotros, hombres del campo, jefes de familias rurales, jefes de explotaciones rurales tenemos especiales obligaciones en este caso, porque, recordémoslo bien, los hombres del campo han sido, son y serán siempre, el más seguro punto de apoyo con que cuentan las naciones en los días graves.

Esto significa para nosotros una gran responsabilidad, y una gran misión que cumplir. Y esta misión, por otra parte, nos será más fácil llevarla a cabo unidos, agremiados, y no aislados.

El ambiente del campo es más propicio que el de la ciudad, no cabe duda, para el florecimiento de ciertas virtudes, que como la serenidad, la resistencia, la paciencia y la perseverancia, el espíritu de mando, y otras más, hacen fuerte al pueblo que las posea en alto grado. Por esa razón la grandeza de los pueblos dependió siempre, fundamentalmente, de su vida rural, en la cual echa sus raíces, a su vez, la familia rural, fuente donde la Patria encuentra sus mejores defensores y los hombres de buen sentido, que serán los puntales de su paz interior. Es evidente, entonces: una nación que tenga la voluntad de ser fuerte, debe comenzar por engrandecer su vida rural; o por lo menos no quebrarla. Nunca insistiremos bastante sobre este punto tan fundamental.

El patriotismo consiste, más que todo, en cumplir cada uno con su deber en el lugar que Dios le ha señalado. Cumplamos el nuestro con el máximo entusiasmo y la máxima perfección de que somos capaces. Nuestra misión la cumplimos en el pedazo de tierra que nos ha sido confiado, en nuestras Estancias, en nuestras Chacras, en nuestras Quintas, donde inculcamos a nuestros hijos el amor a la tierra y velamos por el bienestar moral y material de nuestros peones; donde cuidamos con cariño nuestras cosechas, de las cuales depende, hoy más que nunca, la alimentación de millones de hombres; donde perfeccionamos nuestros ganados, mediante pacientes selecciones, y donde, por fin, manejaremos la tierra de acuerdo a normas prudentes que las mantengan fértiles para las generaciones venideras. Tal debe ser nuestra vida durante todo el año: paciente, silenciosa, poco lucida si se quiere, pero constructiva en alto grado.

No entraremos a analizar en detalle la infinidad de problemas que nos atañen, pero daremos un vistazo a los más importantes, entre los que se encuentran el asunto de la CAP (Corporación Argentina de Productores de Carne), hoy parcialmente solucionado, pero lejos todavía de llenar nuestro objetivo que es: Frigorífico propio y demás elementos que permitan intervenir eficazmente en la doble —y no incompatible— función de defensa de la ganadería y de abaratamiento del consumo; absoluta independencia con relación a la Junta Nacional de Carnes; y sobre todo absoluta independencia del fondo ganadero que no debemos permitir, bajo ningún concepto, sea diseminado, con diversos pretextos, cuyo fin, siempre el mismo, es debilitar la CAP.

Tampoco podemos olvidar, entre los graves problemas que nos afectan, el control de cambios, que nos retiene alrededor de 40 pesos por novillo exportado, 7 a 8 pesos por cerdo, y así en lo demás. Es un tributo a la exportación, verdadera "transfusión" de la riqueza de los campos en favor de la industria; ni podemos olvidar los últimos aumentos de tarifas ferroviarias que gravitaron totalmente sobre la producción rural; ni el aumento de salarios en los frigoríficos que fue-

ron cargados en parte al campo. Es este un hecho grave por el principio que sienta, y grave también en cuanto a la injusticia que entraña. Nosotros, los productores, que jubilamos a los ferroviarios y aportamos directamente al aumento de jornales de la industria frigorífica, nos preguntamos si los aumentos de salarios rurales, necesarios, y que sin duda se impondrán, lo pagarán el ferrocarril y el frigorífico por mitades, o tendrá que soportarlos íntegramente el campo.

Pero sigamos con nuestra nomenclatura: otros problemas fundamentales para el campo son: la creciente disparidad entre los precios de los productos agropecuarios que bajan y los precios de los productos manufacturados que suben; los servicios financieros que no bajan; y los impuestos que suben; y la marea burocrática que también sube; y la rebaja de la carne para la población de la Capital Federal, que, como veremos, fué cargada exclusivamente a los productores rurales, y cuya consecuencia inevitable será acentuar las malas condiciones de vida en el campo, las que son causa, a su vez, del pavoroso éxodo rural que comprobamos a la salida de cada tren. También nos hemos manifestado repetidamente sobre la necesaria industrialización del maíz para carburante nacional; sobre la Ley forestal; sobre la conveniencia de fomentar la transformación de los granos en carnes; sobre el peligro de la tendencia

estadista que desgraciadamente comprobamos tanto en lo social como en lo económico; sobre la política de colonización que drena la riqueza del campo en favor de la ciudad; sobre el peligro de la desordenada industrialización del país, y así sucesivamente.

Por fin, y antes de entrar a otro terreno, se nos plantean dos preguntas: Se habla acualmente de renovar el contrato de carnes con el Reino Unido, y por otra parte tenemos noticias de que, en los últimos días han llegado pedidos de carnes argentinas para pagado de Europa y de América. En estas condiciones, y ante la perspectiva de que se amplíe el círculo de los interesados, y esta es la primera pregunta: ¿qué ventaja nos ofrece el contrato a un precio fijo y a un único comercio atarnos a un precio fijo? Quizás existan términos secretos del prador? Quizás existan términos secretos del prador? Pero a primera vista, parecería lógico lo que decimos.

En cuanto a la segunda pregunta es la siguiente: ¿cuál será el valor de intercambio de esos novillos o cerdos o corderos que entregamos a un precio fijo? Me explico: entregamos hoy carnes a un precio determinado, cuyo valor queda acreditado en divisas, que luego serán convertidas por nosotros en carbón, en hierro, en automóviles, o en lo que sea. Muy bien. Y concreto la pregunta: ¿cuán-

A SANTA TERESA

"Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero".
S. T. de J.



En Avila, tan grata a la vieja Castilla,
Donde tu cuna fué por un ángel velada,
Te veo como creces, hija fuerte y sencilla,
De los claros Cepeda y los claros Ahumada.
Los héroes, recordados en antiguos poemas
Tu fantasía exaltan con decisión augusta.
Y yelmos, y murallas y heráldicos emblemas,
Todo te habla de honor en la casa vetusta.
El viento entre las armas discurre con premura;
Penden los estandartes en pliegues polvorosos,
Y la sangre heredada de tu raza murmura
En tu mente de niña viejos nombres gloriosos.
Mas pronto renunciando toda pompa terrena,
Y amenguando el orgullo para asumir la Cruz,
Tú que un día pudiste emular a Jimena,
Teresa, tú serás Teresa de Jesús.
Salvo la Cruz y el Huerto nada hay ya que te tiente;
Y te verán, oh Virgen, sufriendo tu pasión,
Con los pies desgarrados, ascender, penitente,
Por las ásperas sierras de la alta perfección.
Dios que te apartó joven del halago del mundo,
Ese Dios que el orgullo y la carne anonada,
Te sumirá por años en estupor profundo,
Que cruzará Satán como una llamarada.
Ya no tendrá, el Esposo, sus primeras ternuras;
Si disfrutar es grato, merecer es mejor.
Y en las horas más plácidas, y en las horas más duras,
Anhelarás cual tierra desecada y sin flor.
Te oprimirá el hastío con su manto angustioso,
Desde el alba a la noche de lento despuntar,
Y serás semejante al racimo vinoso
Cuyos granos exprime, rudamente, el lagar.
Después, ya desprendida de todo, y resignada,
Cuando digas: ¡Oh, Dios, que vuestra voluntad
Se haga, y no la mía! y, víctima sangrada,
Cuando tú lo bendigas por tamaña crueldad,
El colmará, magnánimo, tu insondable vacío:
Bruscamente, tu alma será un jardín amable.
Lograrás el pregusto del Celeste rocío,
Y podrás, en un grito, columbrar lo Inefable.

II

Torna a contar tu historia; tus angustias calladas,
Las frías arideces, las ardientes visiones.

tos rollos de alambre, o cuántos quintales de chapa, o cuántos automóviles recibiremos luego, en cambio de cada tonelada de los productos nuestros entregados a precio fijo? Para ser completo el tratado tendría que establecer el precio de las mercaderías que serán puestas a nuestra disposición en el momento de hacer uso de nuestro crédito. Porque, en definitiva, más interesa esto que una cifra abstracta, precedida por un signo £ o un signo \$.

Convendría aclarar este interrogante. Ello contribuiría sin duda a reforzar tradicionales relaciones comerciales y políticas, que hoy más que nunca nos conviene conservar.

Llegamos al asunto principal, al problema social, intermedio en jerarquía entre los económicos ya enumerados, y los morales y espirituales.

Es el problema social un tema de gran actualidad y con respecto al cual estamos particularmente bien colocados para opinar, nosotros, los productores rurales, autores de la "Declaración" del XX Congreso de La Plata. No es esta la oportunidad para un análisis profundo del problema social del campo. Sería demasiado largo. Pero sin embargo podemos indicar la línea general de nuestro pensamiento que, en resumen, consiste en lo siguiente:

1) Que los productores rurales confedera-

dos han manifestado, y desean, mejorar el nivel de vida de los trabajadores en el campo.

2) Que debido a una situación de crisis, casi crónica, y puestos en la disyuntiva de "producir barato" o desaparecer no están en condiciones de mejorar niveles de vida, según lo deseaban. Es decir que si se les pide carne barata, leche barata, trigo barato, para alimentar barato al pueblo de las grandes ciudades, mal podrán los productores soportar un nuevo aumento de costos, derivado de aumentos de salarios, de necesarias mejoras de vivienda, de mejoras sociales, salarios familiares, cajas de ahorro, etc. Y esto requiere una explicación.

Se pide carne barata para el pueblo de la Capital Federal, decíamos. En principio muy bien. Pero, y aquí nos planteamos otra pregunta. ¿Por qué el peso de ese abaratamiento debe soportarlo exclusivamente la producción rural? ¿Y no soportarlo los demás sectores que intervienen en el comercio, transporte, etc.? Nos parece excesivo que un solo intermediario de los que constituyen esa gruesa capa que se interpone entre el productor y el consumidor —me refiero al carnicero— gane más, gracias al margen que le destina el Estado, gane más, repito, en un día, por des-

pachar una res, que el invernador por engordarla, operación ésta que a menudo le lleva un año. Este hecho se comprueba en toda la escala y nos conduce a afirmar que los intereses del productor y del consumidor no son antagónicos. Pero que, eso sí, los intereses del intermediario —y entre ellos está el Fisco— son contrarios a ambos, y que es éste, por consiguiente, el sector donde debe buscarse el abaratamiento. En este asunto la CAP tiene un papel destacadísimo que llenar. Por eso queremos que sea fortalecida, y no debilitada por diseminación del Fondo Ganadero.

Muchos son los problemas que tenemos por delante. Y que debemos solucionar, si queremos una clase rural fuerte, capaz de cumplir eficazmente la gran misión que le está asignada en la vida de nuestra Patria. Tantos son los problemas, que no podemos tener la pretensión de resolverlos en el acto. Algunos de ellos requerirán la dedicación y el entusiasmo de toda una generación. Existe, sin embargo, una obra que es previa, que es condición indispensable y común, y que hará posible la solución de los problemas planteados. Nos referimos a la Agronomía rural. Aislados no haremos nada. Necesitamos unirnos. Bastante hemos insistido ya sobre este tema tan fundamental, y, gracias a Dios, podemos afirmar que la unión de los productores existe ya y que los decretos de reglamentación de Sociedades Rurales y de creación de Corporaciones, emanadas del Ministerio de Agricultura han de contribuir a afianzarla.

Abrenos el castillo de las siete Moradas;
Luego, Virgen intrépida, corre a tus Fundaciones.
Resuelta, haz que se alleguen otras vírgenes fuertes,
Que sólo al bien eterno consagran sus desvelos,
Y, junto a las ciudades rumorosas e inertes,
Asilos de silencio, levanta tus Carmelos.
Nacidos de la sangre que te arranca el cilicio,
Bajo el cordel agudo que te ciñe los flancos,
Gustando en el dolor un heroico ejercicio,
Ya hay monjes que te siguen con sus hábitos blancos;
Y marcharán, de Elías fervorosas criaturas,
Y enarbolando antorchas seguirán su camino,
Y abrasados por santas y sublimes locuras
Restituirán el mundo al Amante divino.
Y franquearán los mares hacia rumbos inciertos;
Si no lo sufren todo, crearán todo perdido,
O bien, para vivir con Dios, en los desiertos
Gustarán el maná, en rincón escondido.
Y uno descollará, Doctor, mente exaltada:
Yo diviso su alma, con ímpetus de luz
Refulgir a través de la carne extenuada:
¡Y es el amante hosco de la sangrante Cruz!
—Pero tú que supiste, Virgen siempre juiciosa,
Mezclar, en calma ardiente, al éxtasis la acción,
No retengas más tiempo tu ascensión prodigiosa:
¡Parte! El cielo te ofrece su inmensa posesión.
Penetra en el abismo del Verbo luminoso:
Teresa de Jesús, ese premio glorioso.
El Padre en lo infinito te reservó clemente,
Arde en la llama viva de Amor, eternamente.

III

Más puesto que a nosotros aún nos queda camino
Para cumplir, y errantes, sangrientos, inhumanos,
Vemos como los años agotan su destino
Sin que nos desencanten tantos ensueños vanos;
Puesto que avergonzados de sentirnos esclavos,
Y de arriesgar el cielo, Madre, por poca cosa,
Quisiéramos quebrar estos hierros y clavos,
Y, libres, hacia Dios ir en marcha gozosa;
Puesto que por lo menos sentimos el anhelo
De acercarnos, por fin, hasta él, rectamente,
Sin que ya se acongoje la Paloma del Cielo,
Cuyo gemido clama desde el alma ferviente.
Enseñanos, Teresa, el afán sin alardes,
Y a vencer los azares que aún nos resta sufrir,
A nosotros, cristianos mundanos y cobardes,
Hombres que no morimos por no poder morir.

LOUIS LE CARDONNEL

Traducción de Angel J. Botiatzeno.



En cuanto al problema social, tan importante y tan ligado a la necesidad de que exista "Justicia Económica para el Productor Rural", y del cual hemos desviado sobre otros asuntos, podríamos sintetizarlo así: De nada servirá buscar un ordenamiento social, o una justicia social, de abajo para arriba, es decir, con Estatutos del Peón, con decretos de fijación de salarios y otras medidas semejantes, mientras el productor, el patrón, permanezca en precaria situación económica. Nunca olvidemos que él es el canal lógico que conduce bienestar o miseria a su familia y a sus peones. El reajuste debe ser, pues, por vía jerárquica, de arriba para abajo. Por eso nos alarma cierta tendencia urbanista, sindicalista, estatal, que atenta, en definitiva, contra la fortaleza de la familia del productor rural, pequeño y mediano, fundamento de toda organización social y de la grandeza de la Patria. Esto es muy especialmente cierto en un país como el nuestro, de vocación tan definitivamente rural. Esto no es una opinión, es un hecho.

Antes de terminar, confirmemos este concepto con un poco de historia: Recordemos Roma de hace 15 siglos; recordemos Francia que fué la primera mientras se mantuvo esencialmente rural, patriarcal y jerárquica, pero que se desplomó en cuanto dejó de serlo; y recordemos España, que pasó hambre en cuanto se instaló el sindicalismo en sus campos; recordemos Méjico, emporio de vida y de cultura mientras se mantuvo en sus convicciones tradicionales, pero que, al haberlas abandonado por teorías exóticas, se encuentra ahora frente a problemas trágicos. Nuestro oficio, como el de aquel agricultor romano de la decadencia, o como el de aquel agricultor francés de 1936, está lleno de sinsabores. Es cierto. Pero sigámoslo haciendo. Es nuestro deber. Ya lo hemos dicho. La tenacidad es una de las virtudes cardinales del Jefe Rural, del Productor Rural. Entonces tengamos confianza y sigamos, porque estamos en vísperas quizás, de acontecimientos que cambien la faz de los problemas que nos afligen. Y recordemos, por fin, que siendo la mayor riqueza de una nación el capital invisible que está en las almas, en los espíritus y en los corazones, debemos anhelar con fuerza la creación de un clima social y económico, propicio al florecimiento de tan valioso capital.

(1) Fragmentos del discurso pronunciado por Pablo Hary (hijo), en la inauguración de la IV Exposición Rural de Henderson, el 1º de octubre de 1944.

HIMNO A ITALIA

Este vibrante poema pertenece a la edición de 1890 ejemplares que publicó Joergensen en Copenhagen, en 1901, con el título de "Eugen om Rom", "El Libro sobre Roma". Como todos saben, Joergensen es un abogado eminente, autor de tres Vidas inmortales, la de San Francisco de Asís, la de Santa Catalina de Sena, y la de San Juan Bosco. Este poema acredita las altas calidades del poeta danés. Escrito a principios de este siglo, es maravilloso su acento de vidente que presinga su canción hasta hacerla de actualidad en 1944 cuando sobre Roma se abate una tribulación que no ha pasado todavía.

LUIS GOROSTO HEREDIA.

I

¡Ave, Italia! Italia, yo te saludo. Desde el gris cielo del Norte, desde las tinieblas y las neblinas, desde las largas noches y los días cortos, desde los bosques de hayas y los verdes prados, desde la niebla y el hielo, desde la escarcha y el frío, nosotros, como Wikina, venimos a Ti.

II

¡Ave Italia! ¡Italia bella! Tú eres el respo- umbrío para los caminantes del desierto; Tú eres la fuente refrescante; la fuente fría que saltas veloz y susurras lenta; Tú eres la patria de nuestras poesías, el deseo de nuestros sueños; en la cárcel de Europa Tú eres una ventana abierta hacia el medio- día.

III

¡Ave, Italia! ¡Italia antigua! Pasa una dorada sonrisa de sol sobre los arcos despedazados que yacen en la campiña. Los palacios imperiales del Palatinado y la gigantesca roca de la arena de los Mártires arden todavía con un rojo de sangre a la hora del crepúsculo. Ellos vieron el crepúsculo del mundo; y nosotros también esperamos un crepúsculo del mundo. ¿Y lo encenderán con llamas sangrientas entre los muertos de Roma?

IV

¡Ave Italia! ¡Italia buena! Como antaño se sientan todavía los mendigos a las puertas de tus iglesias, con los cabellos descoloridos y vestidos de harapos; gozan del sol en tus gradas marmóreas, con las muletas en la mano, con las vendas en los ojos, con los hilos en las heridas. Y extienden la mano a cualquiera que entre, ya sea un señor elegante o una dama vestida de seda, y por cada centavo que se les da, responden: "Que la Virgen se lo pague".

V

¡Ave Italia! ¡Italia pia! Qué no has sufrido tú, de sarcasmo y desprecio, de parte de los Hebreos de Hamburgo, de los profesores universitarios, de las señoras que con una sonrisa se procuran áureos dones; de los mercaderes ingleses, de los doctores alemanes, de los protestantes de Cristianía, de los pastores de Berlín, de toda la ralea "instruída" del mundo; de las tropas internacio-

nales de vagabundos que gozan de tu sol, que beben de tu vino y se burlan de Ti junto a la tumba de los Apóstoles, que ríen del Papa pero de buena gana lo ven y apuntan en su libreta la fecha con triple estrella; que corrompen con oro tus gozes sencillos y bárbaramente gastan tu bella lengua, pero luego, llegados a casa, escriben un libro pídico, un libro tudoso, "purgado moralmente", sobre las costumbres disolutas del sud?

VI

¡Ave Italia! ¡Italia santa! Todas las campanas tocan; tocan a la mañana; tocan a la tarde; tocan por el que está oprimido por el dolor, por el que lucha con la muerte. Tocan temprano, tocan tarde, y a cada hora saludan a la Virgen María, María la señora, María nuestra madre piadosa.

VII

¡Ave Italia! ¡Italia mía! Me atrevo a llamarte mía, porque entre tus montes he vivido y sufrido, rezado y luchado, mientras los campesinos cantaban sus tristes canciones en los campos, cuando descendían las sombras y yo caminaba entre tus viejas y grises ciudades, bajo la bóveda de tus iglesias, bajo los pórticos de tus conventos. Te vi entonces y no he podido olvidarme jamás de Ti. Te vuelvo a ver ahora, y siento que se agita mi corazón, como si saliese a mi encuentro un viejo amigo, un amigo que viene de un pasado ya muerto.

JOANNES JOERGENSEN.

CINE

FILMS DE PROPAGANDA

En los últimos quince días el público de Buenos Aires ha tenido ocasión de juzgar dos importantes films de propaganda: "Ocho a la Deriva" y "Pasaje a Marsella".

No pocas razones hablaban de antemano, y con elocuencia, de la buena calidad de esos espectáculos. En el caso de "Ocho a la Deriva" ni el nombre del director, ni el de la intérprete principal, ni el del novelista en cuyo libreto ese film se inspira, eran desconocidos para nuestro público. Más aún, los tres a un tiempo ocupan lugar muy privilegiado en la estimativa cinematográfica local. De "Pasaje a Marsella" cabría decir otro tanto, salvo en lo que se refiere al libretista al cual, si nuestra información no resultase demasiado incompleta, se le conoce apenas.

Pero esta última circunstancia no sólo no amengua el interés del cotejo sino que, a nuestro juicio, subraya aquello que en los nuevos films es más significativo.

Nos referimos, por un lado, a la extraordinaria destreza con que se explotan fina, sagazmente— todos y cada uno de los más burdos "slogans" de la propaganda aliadófila y, por otro, a la incapacidad— en los dos films idéntica— de diseñar frente a los anti-valores que allí se atribuyen al nazismo, unos valores positivos, que no ya crítica, sino efectivamente, contradigan a los primeros.

Y la cuestión era, precisamente, ésa; ésa y no otra. Y el fracaso de la mentalidad aliada (por lo menos, claro está, en lo que a través de estos films se transparenta) para atinar con una solución adecuada, resulta, en verdad, completo, palmario.

Pero entendámonos bien. No se trata de criticar a la propaganda aliada porque manipule a su antojo, sin escrúpulos de ninguna especie, los "slogans" anti-nazis. Asombrarse de ello sería candoroso. Nuestra época, en efecto, no está para fallos imparciales. Allá ellos con su odio a los nazis. Los tremendos malos ratos que por culpa de los ale-

manes, tantas veces han debido pasar los aliados, justifican sobradamente su actual iracundia. Sobre esto no hay cuestión. Si la hay en cambio, y muy seria, en el hecho de que una vez saciada en la vejación del nazismo la feroz inquina que los consume, no atinen a oponer a esa imagen del hombre que acaban agudamente diseccionar y que—quírase o no— ocupa, junto a la del comunista, el primer plano de la actuación histórica desde hace veinte años, una tabla de valores en la que halle solución y cauce posibles el inmenso desasosiego del hombre contemporáneo. Sin este último requisito—y qué requisito— de nada valen los denuestos contra Alemania.

¡Qué diferencia, a este respecto, con los films rusos! Mientras los yanquis pretenden

elegir a jerarquía paradigmática las más repulsivas imágenes del mundo burgués (es curioso advertir que en los dos films que comentamos, casi todos los protagonistas se reclutan en capas sociales relajadas, en los suburbios de la sociedad) los rusos, en cambio, aceptan el debate en el mismo terreno que sus adversarios alemanes, y oponen al heroísmo, el heroísmo; a la gloria militar, la gloria militar; al sacrificio por el suelo patrio, el sacrificio por el suelo patrio; al amor, el amor.

Ni asomo de estas virtudes, en los films que comentamos. Por el contrario, es designio no oculto de ellos demostrar que aun en los tipos morales más bajos, ex-presidarios, una "cocotte" carísima, un millonario enclenque, avaro y maniático, un pobre negro temeroso— se da una calidad ética más alta que en los mejores alemanes de Hitler.

Pero donde se advierte con más nitidez esta incapacidad de la propaganda yanqui para afirmar algo que ostente signo positivo, es en una escena de "Ocho a la Deriva", no desprovista por cierto de hábil dramática, y en la cual los protagonistas, que ya casi desesperan de salvar sus vidas mortales, comienzan a dialogar sobre Dios. Ocorre entonces este episodio curiosísimo: que, como la divinidad no resulta persona grata a ninguno de los tripulantes blancos de la barcaza, el director del film—o quien sea— no queriendo, sin embargo, desentenderse del todo de ella, resuelve adjudicársela al resignado tripulante negro, que está allí mudo y nostálgico, ebrio de "blues" y de reminiscencias africanas y cuya única presencia es su color.

Por ese camino, lo decimos sinceramente, la propaganda norteamericana sólo conseguirá—y no creemos que esto, en serio, interese— enardecer y azuzar la histórica prevención de los públicos actuales.

M. E.

NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

Colaboran los mejores escritores

Aparece los viernes

Subscripción anual	\$ 10.—
Por semestre	\$ 5.—
Número suelto	\$ 0,20
Número atrasado	\$ 0,40
Primer número	\$ 1.—

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800